

—Un consuelo!

—Hé ahí el egoísmo. Daríais mayores pruebas de vuestra sensibilidad, y seríais magnánimo, si ahorráseis á Isabel ese momento atroz de una despedida.

—Bah! si yo me despidiera de ella para marchar al caldoso.....

—Cáspita! si no estuviera acostumbrado á admirar vuestro arrojo, diria que teneis esa seguridad de los que piensan no batirse.

Dorantes inclinó la cabeza y guardó silencio. Detrás de él, entre revueltos cortinajes de polvo, se escuchaba el eco incesante del galope de cien corceles.

Que será un modelo para los autores que tengan precision de terminar una historia.

ERA el día señalado para solemnizar el matrimonio de Isabel, segun el rito de los indios. Era asimismo el día en que Tetzahuitl, reconocido como el sucesor de Guauhtimotzin, debia recibir de los caciques la macana de oro y el cetro del futuro reino del Anáhuac. Temachtli habia franqueado á Negromonte y á sus compañeros el seno misterioso de aquella gruta. Habíase roto á pico la argamasa endurecida de unas rocas del muro. Las rocas cayeron y apareció un arco abocinado, entrada de una nueva gruta que era una especie de santuario. Descendíase allí por una suave escalera de mármol negro con balaustrada de oro. Hallábase uno desde luego en un recinto inmenso de una peregrina hermosura. Aquel lugar, tan solo hermoestado por el ingenio azteca, habia sido formado muchos siglos antes en el hueco del antro, por la naturaleza misma. El agua saturada de sales habia trasportado lentamente por los peñascos, y las gotas, conver-

tidas en cristales por la evaporacion y por los siglos, se habian acumulado, formando enormes masas que se alzaban como marmóreos túmulos, dibujaban entre las sombras un laberinto de arcos llenos de majestad y de gracia, colgaban como inmensos candiles, ó subian hasta las bóvedas como gigantescas columnas revestidas del brillo y la solidez del diamante.

Cuentan que Netzahuatl Coyotl, visitando un dia el interior de la gruta, creyó distinguir en la forma y la disposicion de aquel bosque de estalagmitas, el diseño de un templo que él habia imaginado en sus ensueños de poeta y en sus solitarias meditaciones de artista. Dicen que desde luego aconsejó que se mandaran traer á Huayacic, y vinieron, los mas afamados escultores cuyos nombres aun viven sobre el pedestal de regios monumentos; y que aquellos hombres, maestros todos ellos y dirigidos por el mismo rey, pulieron aquellas rocas cristalinas, adelgazaron las columnas, desembarazaron los arcos, esculpieron las bóvedas, enderezaron las cornisas, dieron nivel al pavimento, recortaron elegantes puertas, y en un año dejaron concluida aquella maravilla escultural, que quedó en el seno de la tierra, como los primores que las damas de Roma suspendian á su cuello, guardados en el interior de un relicario. Desde entonces aquella mansión podia compararse solamente con los castillos encantados de la leyenda. Era trasparente, aérea, maravillosa, como el alcázar que la imaginacion de los poetas de la antigüedad formó á Tetis bajo los cristales del Océano. Era colosal, magnífica, deslumbrante, como los palacios de piedras preciosas donde el árabe, en sus sueños de amor, mira danzar á las huríes en pos de un eco celestial, ó arrebatadas en un torbellino de deleite.

Negromonte y sus soldados españoles se sintieron próximos á caer de rodillas, cuando al pisar el primer peldaño de la entrada se dilató á sus ojos el seno de la gruta. Lámparas escondidas no se sabe adónde, vertian raudales de esplendor, bañando las nevadas columnas y las estatuas de aquel recinto. Una niebla casi sagrada se extendia por la altura envolviendo los capiteles con el perfume de la mirra y del sándalo. Allí, á través de aquella opacidad, parecia levantarse el genio sacerdotal de los aztecas. Pájaros arrancados de la oscuridad de la selva ó al horizonte del desierto, dejaban oír el canto de las soledades, llorando sin consuelo desde sus jaulas de oro. Artesas de pórfito repletas de follaje y rebosando de flores; verdes, frescas, embalsamadas y misteriosas espesuras de hojas, donde la polígala, el rosal, el floripondio y el geranio silvestre se enlazaban con el casto abrazo que en las montañas, mezclaban á las nubes de incienso los olores del prado, la sombra á los trinos, y á la luz la suave frescura de las auras. Habia surtidores ocultos entre el ramaje? Allá, del pedestal de una deidad gentilica, manaban, deslizándose por el mármol y bajo las flores, algunas ondas límpidas, ligeras y murmurantes?..... Si no, por qué se oian ciertos rumores? de dónde se desprendian aquellos ecos? qué eran, pues, aquellos ruidos indescifrables que despertaban en el pensamiento la imagen de claras vertientes moviendo sus linfas en la profundidad del bosque; ó el delirio que acomete al viajero, atormentado de la sed, errante en la arena abrasadora de los desiertos?..... ¿De dónde.....

—Del diablo!—dijo Benavides, que no pensaba sino en que se diera fin á la ceremonia, y marcharse.

—Allá vamos,—repuso Barrientos señalando un in-

tercolumnio del peristilo;—parece que se acerca el momento.

En efecto, por el punto designado comenzaron á aparecer muchos personajes:

Cuatro mujeres vestidas con ondulantes batas de gámalo y ceñidas con una diadema de esmeraldas, entraron columpiando voluminosos incensarios.

Siguieron despues cosa de treinta sacerdotes indios, con vestidos y birretes negros, y rostro tambien negro, pintado con *ocotl*, y encerrado en el marco de una abundante cabellera que bajaba por los hombros hasta ocultar la pierna y arrastrar por el suelo.

Las vírgenes que precedian la comitiva se dirigieron al fondo de la gruta; dos de ellas dieron sus incensarios á las otras dos, y fueron á descorrer una cortina que parecia ocultar tras de sus pliegues palpitantes á la deidad habitadora de aquel santuario. Un himno, que tenia la varonil dulzura y la melancólica solemnidad de un *orfeon*, salió de los labios de los sacerdotes. Al apartar la cortina apareció la sombría majestad, el dios terrible, el dios Huitzilopoztli sentado sobre una esfera de esplendor, ostentando en su mirada casi viva y sus dientes enrojecidos de sangre, la imponente grandeza que aun parecia rodeada con los cráneos de las generaciones vencidas por los guerreros del Anáhuac.

A sus piés habia fuego. Allí arrojaron las vírgenes nuevos perfumes.

Tras de los sacerdotes entraron nuevas vírgenes trayendo ramilletes de flores. Despues venian los novios vestidos con sus trages indios y radiantes de bienaventuranza. *No yolo!* palabras que Juana habia traducido por estas

otras: *amor mio!* salian de los labios de Tetzahuitl, y parecian resplandecer sobre los ojos de su esposa..... Seguian multitud de caciques, y mas atrás los diferentes representantes de todas las tribus del imperio.

Formáronse todos, abriendo un ancho semicírculo al pié del trono de Huitzilopoztli. En medio habia una estera donde se colocaron Isabel y su esposo. Cesó el cántico, y entonces dió principio la ceremonia. Los novios se incensaron mutuamente. Un sacerdote ató la punta del *huepilli* ó falda de la jóven con otra del *timatti* ó capa de Tetzahuitl, quedando representada con aquel acto la cadena de amor que debia unir su vida como sus placeres ó sus infortunios. Negromonte, rodeado de sus compañeros, presenciaba el contrato nupcial tras del grupo de los caciques. Todos, absortos en aquella extraña ceremonia y completamente asegurados con su omnipotencia en la ciudad, llenos de esperanzas para lo futuro y tranquilos en el fondo de aquella mansion, cuya existencia era un misterio, no hicieron alto en una sombra que se deslizaba tras de las columnas é iba á ocultarse á poca distancia de los novios, tras la espesura del follaje.

Llegó el momento en que Isabel, pues lo exigian los ritos, debia dar siete vueltas en torno del fuego. Dejó su manto á una de las doncellas y fué á colocarse en un extremo de la estera.....

De súbito lanzó un grito y quedó tan pálida como un difunto.

—Es él!..... exclamó:—es su espectro!..... Perdon, Dios mio! y cayó acometida de convulsiones y extendiendo su fria mano, en direccion de una de las columnas.

Todos se apresuraron á socorrerla. Entretanto la som-

bra aquella volvía á escurrirse por detrás de la arcada, y á favor de la sorpresa de todos llegó á la puerta y se lanzó fuera del subterráneo. Solo un hombre habia oido los pasos y visto que álguien se escapaba por el arco abocinado del templo. Aquel hombre que lo vió todo y lo adivinó todo, fué Negromonte:

—Señores,—dijo sin desmentir su calma;—estamos descubiertos.

Todos se inmutaron al escuchar estas palabras, y se rodearon de Negromonte, haciendo relucir las armas que por una vaga prevision del peligro habian ocultado bajo sus ropajes. Temachti interrogó á Negromonte con la mirada. D. Pedro no hizo mas que señalar el punto por donde la sombra acababa de desvanecerse, y donde ahora se veían en pié, calada la visera y con espada en mano, dos ó tres caballeros, siniestramente inmóviles. Detrás de ellos columbrábase un espeso bosque de arcabuces y lanzas. Uno de aquellos caballeros dió algunos pasos adelante, haciendo crugir las piezas de su arnés y temblar el penachó negro que flotaba sobre su casco. Era Alvarado. Extendió su espada señalando á los sacerdotes y á los caciques, y volviendo el rostro hácia la puerta donde permanecian sus guerreros, dijo de una manera enérgica:

—Ea! sujetad á estos mequetrefes.

Dorantes, seguido por un gran número de arcabuceros, comenzó á acercarse á los caciques; pero del centro de estos brotó como un relámpago el acero de Negromonte, silvó en los aires y tronó en el casco de Alvarado; este soltó la espada; por las rejillas de su visera se desbordaron negros chorros de sangre, y se abrazó desvanecido al cuello de uno de sus castellanos.

Casi al mismo tiempo la macana de Tetzahuitl hacia trizas tambien el casco de Dorantes.

A una voz, y al restallar de un nuevo golpe que asestó D. Pedro sobre otro de sus adversarios, Barrientos, Benavides, Fray Roque y todos los suyos, los caciques, los sacerdotes, y hasta las vírgenes que conocian les esperaba la esclavitud ó la muerte, arremetieron con los guerreros de Alvarado. Entretanto, este y Dorantes habian sido transportados fuera de la gruta. Gil Perez, uno de los conjurados que permanecia en el campo con el grueso de los castellanos en espera de una señal para lanzarse al exterminio, vió aparecer en la entrada de la cueva un grupo de españoles llevando en peso á los dos heridos que mugian de dolor y de rabia. Mandó los llevaran á la ciudad vecina para que recibiesen los primeros socorros; despues se apeó de su caballo, mandó que todos hiciesen lo mismo y encendieran la mecha de los arcabuces, y dando un alarido salvaje se hundió en la garganta de la cueva, seguido por el tropel de sus soldados.

Aquella súbita irrupcion desconcertó del todo á los aliados de Negromonte. Sin embargo, Temachti acudió con algunos indios á un cóncavo de la gruta, el mas profundo, especie de arsenal donde tenia depositadas las armas y la pólvora que habia comprado el dia anterior á Barrientos. Los indios rompieron las barricas, cargaron los fusiles hasta la boca y volvieron al lugar del combate, repartiendo á los suyos aquella nueva esperanza de la victoria.

Pronto retumbó en las bóvedas el eco de siniestras detonaciones; nubes de humo desgarradas por ligeras sierpes de fuego se levantaron, envolviendo en lívidas sombras los arcos y las columnas del santuario.

Abreviemos.

Fray Roque, atravesado por el corazón, cayó de rostro sobre el fuego donde ardian los perfumes.

Quince sacerdotes heridos exhalaban la vida, revolcándose bajo los piés de los combatientes.

Benavides se batía á estocadas con Gil Perez. Barrientos, empuñando por el cañon un arcabuz, hacia prodigios y sembraba el suelo de cadáveres.

El Grillo habia trepado al solio de Huitzilopoztli; desde allí, por sobre la corona del dios, hacia brillar incesantes disparos, á que respondian siempre un gemido y el retumbar de algun arnés, al desplomarse como una torre, un caballero.

Negromonte, acorralado por mas de doce castellanos, estaba próximo á rëndir el aliento. Los aceros silbaban en torno de su cabeza, y los tiros á quemaropa fulguraban iluminando su semblante.

Mas allá Tetzahuitl, que sostenia con uno de sus brazos á Isabel, casi exánime, y teniendo á sus plantas heridos ó muertos á los principales caciques, blandia empapada en sangre su terrible macana, replicando á cada golpe de sus adversarios con el crugido de algun cráneo que se desquebrajaba salpicando de negro á los combatientes.

—No le mateis!—gritó Gil Perez á los suyos;—guardadme á ese indio para la horca!.....

Desde entonces trataron solamente de parar los golpes. Gil Perez dejó abandonado á su adversario en manos de un grupo de soldados; arrebató á uno de ellos su arcabuz, y acudió al sitio donde Tetzahuitl combatía.

—Ríndete!—gritó al azteca.

Tetzahuitl, presa del frenesí de la muerte, fué sordo á

aquella intimacion, y vibró el arma sobre la cabeza de Gil Perez.

Este retrocedió algunos pasos y tendió su arcabuz. Resonó el trueno. Isabel lanzó un grito, y las azucenas que ceñian su frente se tiñeron de sangre.....

—Maldito seas!—gritó Tetzahuitl, cuya mirada de rabia se anubló tras un velo de lágrimas.

Entonces arrojó su arma, tomó por la cintura el cadáver, tibio todavía, de Isabel, y lo lanzó con fuerza sobre la cabeza de los castellanos. Despues corrió hácia el sitio donde humeaba aún, volcado, el braserillo de los perfumes, arrebató una brasa, y haciendo resonar la última y la mas terrible de las imprecaciones, desapareció por una puerta lóbrega, que próxima al solio, estaba escondida en la penumbra.

Allí habia una escalera; por aquella escalera se bajaba al seno donde estaban abiertas por el filo del hacha las barricas de pólvora.....

Lo que siguió, no es difícil adivinarlo. Tembló la tierra. Un inmenso estallido estremeció los aires; y las aguas del lago que retrocedieron como azoradas con la explosion, volvieron á cerrarse precipitando sus torrentes en el sombrío fondo cavado por el trueno.

Soldados, novios, macetones, vírgenes, columnas, sacerdotes, ídolos, arcos, altares y caciques, todo se lo llevó el diablo. El agua fué serenando lentamente las palpitations de su agitada superficie; calmóse al fin, sonrió á los astros y se durmió tranquila cubriéndose bajo aquella tumba con sus cristales.

EPÍLOGO.

Si Redondillo y Molineta no hubieran perecido como tantos otros bajo los escombros de la gruta, hubiéramos presenciado algunas divertidas escenas.... pero no hubo tiempo....

Zanadilla y Diana fueron felices.

Jorge Villadiego y Valencia soportó seis meses la gordura y la literatura de su esposa. Al fin una infidelidad de Clara puso término al matrimonio, y Jorge, libre y ufano, y más que todo escarmentado, no paró hasta Huelva, adonde huyó con su mitad de gananciales.

Chirinos, prisionero de Tapia, fué sujetado á la misma afrenta que su colega Salazar, y puesto en una jaula. Algun tiempo despues los dos célebres gobernadores quedaron libres, y es fama que vivieron acosados por atroces remordimientos, y que al fin murieron de mala muerte.

Zapata y su mujer vivieron llorando y esperando siempre ver aparecer á Juanita.....

Cortés, despues de haberse detenido algunos dias en Medellin, volvió á México. La admiracion, el pasmo causado por su presencia, y la palidez y la demacracion que las calenturas habian puesto en su semblante, hacian creer que en efecto acababa de abandonar la tumba.

Su tránsito hasta la ciudad fué saludado por brillantes demostraciones de júbilo. Millares de coronas llovieron sobre su cabeza encanecida, y las flores formaron bajo el casco de su trasijado corcel una suave, fresca, vistosa y perfumada alfombra de pétalos. Los arcos triunfales cargados de inscripciones y de banderolas se reproducian sin fin delante de sus pasos. Y las declamaciones y los gritos mezclados al trueno del cañon y al repique de las campanas, parecian concertarse con la vibracion de las dulzainas y el eco guerrero de las trompas, para pronunciar el nombre de Cortés, ya saludado por la gloria.

Sin embargo, todo este júbilo fué obra de los gachupines, como despues lo ha sido de unos cuantos léperos la pompa con que las ciudades parecen festejar á cualquiera de sus tiranos.

FIN.

